

que así se inclina á la sierra?

No tengo celos de ti,  
ni tu desamor se crea  
que es por amar á Finea,  
mas por desamarme á mí;  
quejarme della no quiero  
porque tú me vengarás,  
que presto la dexarás  
si no te dexa primero.

¡Mas, ay, que un tigre sospecho  
que en mis entrañas se cría,  
que las rasga y las desvía  
y las arranca del pecho,  
y un gusano perezoso  
carcome mi corazón,  
y yo canto al triste son  
de su diente ponzoñoso!  
Y confieso que algún día  
me sobró la confianza,  
mas si no hice mudanza  
perdonárseme debía;  
muera quien quiera morir,  
y como lloro llorar,  
que en esto suele parar  
el demasiado reir.

Sólo aquel proverbio quiero  
por consuelo en mi quebranto,  
pues en tan continuo llanto  
le hallo tan verdadero:  
las abejas, de flor  
jamás tuvieron hartura,  
ni el ganado de verdura,  
ni de lágrimas Amor.

Los tiernos metros de la pastora Amarantha no sólo á Pradelio dieron contento, pero á otros muchos que le escucharon, y por no atajalla, apartados del manso arroyo por entre las plantas se iban deteniendo; al fin de los cuales llegaron á la falda de un fresco montecillo, donde el sitio de Diana comenzaba. Y en él vieron al pastor Alfeo, que en compañía de otros caminaba al templo de la diosa; aquí quedó la vencida Amarantha casi muerta, y sin alzar los ojos de la tierra dixo: Mucho quisiera, pastor, acompañarte y dar á Diana los debidos loores, pero ya ves cuán mal se me ha ordenado; pues yo no puedo vivir donde Alfeo estuviere, aunque él sea mi propia vida y contento; mira si mi dolor es grave y mi ventura ligera, pues temo lo que deseo, y siendo aquella pre-

sencia la cosa que yo más amo, tantas veces la excuso cuantas puedo, como el que huyesse la luz, medroso de ser abrasado della; porque, mi buen Pradelio, cuando el amador no es desamado debe seguir continuo lo que ama; pero después que conoce el adverso odio y enemiga, debe siempre excusar de dar fastidio, porque es llana cosa que entonces son las gracias grosse-rías, la beldad fiereza y la luz tiniebla; así que el aborrecido por donde mas gana es buen callar y retrainiento, que nunca mejor me hallo que cuando sola llorando de mí misma me querello; por eso te ruego que, quexándome, te vas, y si á Alfeo de mí mal hablares, antes le cuentes mancillas que proezas, que aquellas creará y á estotras dará la poca fe que siempre ha dado. Esto decía Amarantha con tantas lágrimas, que para ayudarla Pradelio, sólo bastara cualquier movimiento de su lengua, y así, forzado desto, sin más respuesta que mirarla tiernamente, se partió della tan enemigo de nueva compañía, que dexando el camino derecho entró por una angosta senda que más de una milla se alargaba, y por ella apresurándose vino á rodear el templo que estaba en un valle escondido, no edificado de cedros ni de cipreses, pero de sólo laureles y fresca murta y no cortados; pero así desde sus troncos, los ramos entretrojidos y las hojas añudadas que por ninguna parte podía el sol entrar, salvo por la que con artificio se apartaban. En medio dél estaba la imagen de la hermosa Diana, de mármol resplandeciente; caían sus cabellos hasta la cinta, y en las blancas manos su arco y saetas con la pendiente aljaba, todo de fina plata, cristal y oro; estaba cercada de bultos de castas ninfas con las mismas armas de cazadoras: unas desnudas, sólo cubiertas con sus luengos cabellos; otras entre flores, tendidas, como fatigadas de presuroso curso, y otras vestidas de ricos paños, hinchendo de contentamiento el sacro templo, en el cual por un lado y otro había clavados muchos despojos, cabezas de jabalís, cuernos de ciervos, redes, arcos, cepos y otros instrumentos de la generosa caza; tenía dos altas puertas de maravilloso artificio abiertas, y cerrábanse con dos laureles que, puestos en dos vasos grandes de tierra cocida, y allí

bastantemente cultivados, se podían quitar y poner cuando importaba. No era este templo aquel que en la provincia de Jonia estaba sobre su fiera Laguna, con ciento y veinte y siete columnas de rico mármol, parte dellas con esculturas, parte lisas como el bruñido acero, sobre las cuales todo el maderamiento era de labrado cedro y las puertas de oloroso ciprés, de anchura de doscientos y veinte pies y de longura cuatrocientos y veinte y cinco y de alto cada columna ciento y veinte, hecho por las manos de Tesifón y Chersifón en doscientos y veinte años de trabajo. Pero creo que si el nuestro vierán las fuertes Amazonas se excusaran de hacer aquél, y el maldito Herostrato no se moviera á quemarle como el otro. Dejémosle y hablemos del presente, el cual, en el ancho pedestal de la bella Diana tenía, de menuda talla, las otras seis maravillas de la tierra.

Primero, el espantoso edificio de Babel, hecho ó verdaderamente reparado por la antigua Semíramis; en una parte del cual se veía el anchuroso campo, lleno de agradables frescuras, y de la otra parte herían las claras ondas del río Eufrates, acrecentando belleza á las puentes, alcázares, huertos y jardines que, sobre arcos, en los muros estaban edificados.

Tras esto estaba el fiero colosso ó estatua de Rhodas, que, aunque no pudo tallarse de setenta codos en alto como él era, á lo menos mostraban las facciones deste traslado claramente la grandeza de su original; y para mayor muestra muchos hombres de menor figura, puestos á sus lados, procuraban abrazar solo uno de sus dedos, pero menos podían que los vivos, en tiempo que este colosso se sostuvo en alto.

Después, entre la ciudad de Menfis y la isla del Nilo, Delta, estaba la excelsa pirámide que, comenzando en cuadro, subía su punta en increíble altura de mármoles de Arabia; no tenía cada piedra como ella treinta pies, pero cercábanla con extraña viveza los trescientos y setenta mil hombres que tardaron veinte años en hacerla.

Luego el ancho y alto sepulcro que la honesta Arthemisa hizo para su caro marido, rey de Caria, que aunque no pudo dársele en circuito los cuatrocientos y seis

pies, y en alto los veinte y cinco codos que él tenía, al menos diéronsele sus treinta y seis columnas de extraño artificio y riqueza, sembrando por todo él piezas de mucho valor y hermosura, y abriéndole con anchurosos arcos al Norte y al Mediodía, que era su propio asiento. Pero hacia la parte del Oriente estaba su artífice Escopas, de su propia labor maravillado, y á la del Septentrión Brias tendido como cansado de su larga y trabajosa jornada, y á la de Mediodía Timotheo con grande alegría; pero á la de Poniente Leocares como esperando la paga de su trabajo, junto á la viuda animosa que, más ocupada en su largo planto, sin respuesta la detiene, acaso por no ser la obra conforme á su voluntad acabada.

Más la provincia de Acaya en el Olimpo, entre las ciudades Elis y Pisa, y allí el simulacro ó figura de marfil de Júpiter, del artífice Fidias, de riqueza y arte incomparable y no con menos retratado.

Seguíanse otra vez los huertos pensiles de la alta Babilonia, y con ellos, frontera á las bocas del Nilo, de albissima piedra cercada de agua, la alta y muy costosa Torre de Faros, en cuya altura se mostraban muchas y grandes lumbres dando guía á los presurosos navíos que por la ancha mar iban á tomar puerto.

No faltaba el obelisco de Semíramis, á manera de pirámide, salvo que era todo de una pieza, y en él por números señalados sus ciento y cincuenta pies en alto, y noventa y seis en circuito, como de los montes de Armenia fué sacado. Todo lo cual estaba en el último cuadro por la variedad de los que dello tratan, pero no estaba el antiguo templo de la Diosa, por no ofender al presente que con tanto cumplimiento suplía.

Acababan aquí las esculturas, las pinturas no, que sobre la una puerta estaba la ínsula Delfos, donde Latona, retraída de la fiera serpiente, se veía en el parto de la amada Diana, al fin del cual la misma hija ayudaba á la madre en el nacimiento de su hermano Apolo; el cual nacido se mostraba de tan perfectos matices, que verdaderamente se juzgara que él daba la luz al templo.

No era menos agradable el cuadro de la segunda puerta, donde la misma Diana,

metida en su fresca y reservada fuente, había tornado ciervo al sin ventura Acteón, al cual sus propios lebreles rabiosamente despedazaban; y lo que más era de mirar del sutil artífice, que habiendo pintada una cabeza de perro ferocísima se pintó temeroso junto á ella, queriendo honestamente loar la viveza de su pintura. Aquí entró Pradelio lleno de pesar, y viendo que la gente aun no era entrada, imaginó que estuviese en la floresta, y así se fué allá, que muy cerca estaba, donde con estudiosa y abundante mano parecía que la maestra Natura hubiese querido señalarse. Eran las flores rojas, blancas y amarillas casi como rubís y diamantes entre el oro, y pienso que la esmeralda no llegase á la fineza de la hierba; estaba en medio de la hermosa estancia una pura fuente de relevado cimientto, así alrededor cercada de hierba y hoja que por ninguna parte se veía. Salía de allí un arroyo claro cercado de muchas plantas donde las varias aves seguras volando andaban de una en otra parte, sin faltar algunas que suavemente cantassen, no impidiendo al manso susurro que entre claveles y sándalos las abejuelas hacían. Halló Pradelio de la una parte de este arroyo que más ancha y llana era todos los pastores que buscaba esperando á las bellas ninfas que, nacidas en las aguas, en las selvas y en los montes, vivían en los secretos jardines y reservados lugares del sagrado templo. Y lo primero que el pastor vido fué á Mireno, que en compañía de Filena andaba cogiendo de las bellas flores. Sintió traspasar su corazón de rigurosa espina, y esforzándose cuanto pudo, se llegó á Siralvo y Filardo que estaban cerca de la fuente. Bien conocieron el dolor con que llegaba, y por no acrecentársele callaron. Y á poco rato que así estuvieron, el gallardo Coridón, vaquero de valor y estima, rendido y ausente de la beldad de Fenisa y incitado de Sasío, comenzó á cantar al son de su lira esta sestina:

## CORIDÓN

Faltó la luz de tus hermosos ojos,  
dulce Fenisa, á los de mi alma triste,  
y así quedaron en eterna noche,  
sin buscar otro alivio de su pena,

sino la muerte que les fuera vida;  
¿mas cuándo les vendrá tan dulce día?

Si aquesta cuenta rematase un día  
cerrando ya mis afligidos ojos  
para principio de otra nueva vida,  
y pudiese salir el alma triste  
desta prisión mortal de infernal pena,  
el sol saldría en medio de la noche.

Razón sería tras tan larga noche,  
que apareciese en el Oriente el día,  
que no son dínos de llevar la pena,  
pues que no fué la culpa de mis ojos,  
el yerro fué de la ventura triste,  
que siempre yerra á costa de mi vida.

Cómo podrá passar mi enferma vida  
con la pesada carga de la noche,  
que si es consuelo del doliente triste  
la esperanza de ver el nuevo día,  
ninguna tienen mis cansados ojos  
que les pueda aliviar su grave pena.

Dure la ausencia, dóblese la pena,  
que á todo he de pagar con una vida,  
no veré los desechos de mis ojos,  
ni andaré tropezando por la noche,  
ni tendré envidia de quien goza el día,  
ni mancilla de mí, pues volví triste.

Por cuán más venturoso tengo al triste,  
que le acaba la furia de su pena,  
que al doliente, á quien va de día en día  
atormentando la mezquina vida,  
el vivir cesse ó cesse ya la noche:  
ó véante ó no vean estos ojos.

Que no son ojos en tu ausencia triste,  
son dura noche, son eterna pena,  
pues en la vida no gozaron día.

Apenas dio Coridón fin á su canto, cuando se oyó resonar gran número de instrumentos, albogues, flautas, liras, cítaras, y cornamusas, que con suave armonía se iban llegando á la floresta, y mirando los pastores á aquella parte vieron entrar sesenta ninfas, veinte del río, veinte del monte y veinte de las selvas; todas venían vestidas de sus propias telas de oro y seda, pero las unas traían guirnalda de flores en sus frentes; las otras luengos ramos levantados, y los cabellos sueltos; y las otras cogidos en varios velos y redes, y las aljabas á los hombros, los brazos desnudos y los arcos en las manos; tanta fué la hermosura de las Ninfas, que los pastores admirados, no sabían apartar los ojos dellas;

no viniera allí la simpár FILIDIA si no fuera por reparar la vida de su amante, que ya sabía de Florela en el estado que SIRALVO estaba. Entró, pues, en la floresta tan aventajada á las demás, que no sólo á ellas, mas á la misma Diana, parecía que despreciase. Brotó el suelo nuevas flores, el cielo mejor luz, la fuente más agua y los suaves vientos, arrogantes entre tanta beldad, desdeñándose de herir en los verdes ramos, entre las vestiduras de las ninfas, y los cabellos de sus cabezas mezclándose, hicieron graciosos y agradables juegos. Pues SIRALVO, que atentamente miraba los ojos de FILIDA, y su alma en ellos, no es posible encarecer su sentimiento, ni es poca prueba de la hermosura de las pastoras no haber parecido mal entre las ninfas. No se detuvieron mucho en la floresta, antes llamando luego á los pastores, entraron al sagrado templo, donde quince en quince hicieron cuatro corros y los tres danzando y el uno tañendo, fueron dejando sus insignias sobre el altar: las del río sus guirnalda, las de las selvas sus ramos y las de los montes, arcos y saetas. Con esto remitieron la oración al viejo Sileno, que entre ellos iba, y con aquel aspecto grave y gentil, vuelto al de la triforme Diana, primeramente alabó su excesiva belleza, y después con humildad le pidió perdón si algunas veces violaron los montes con la misma sangre de las fieras á ella consagradas, ó si acaso cansados de la propia caza, torpemente, el curso della maldixeron, y asimismo de otros errores y culpas, en que el frágil juicio suele caer; pero después de todo le rogó los librase de las venenosas redes de los solícitos lisonjeros y falsos halagüeños, con la fuerza de los carnales apetitos, destruidores de devoción y salud; antes prestándoles de su cumplido favor, les diese resistencia contra todo mal, contra todo daño y contra toda malicia. Y con esto, callando él, la música tornó á sonar, y las ninfas á la orden de sus corros, en que por gran espacio se ocuparon, hasta que pareciéndoles hora del reposo, tomando por orden sus insignias, tornaron á la floresta, y mezcladas con los pastores, se fueron repartiendo por las sombras, donde no faltaron rústicas y delicadas viandas, y algunos que durmiesen, y alguno que ve-

lasse. No os he contado la ventura de Siralvo: pues sabed que al salir del templo estuvo gran rato con Florela, que de parte de FILIDA le certificó que holgaba de su vida, y de la suya le avisó que se templase en miralla, porque nunca aparencias sirvieron sino de dañar. Con esto volvió Siralvo tan contento que en sí mismo no cabía, y mientras todos reposaban, él á la sombra de un fresno en voz baxa estuvo recitando al silencio unos versos que hizo al principio de la ausencia, cuando entre temor y esperanza andaba el sufrimiento de partida; quien gustare de oírlos, podrá llegarse al pastor, en tanto que las ninfas duermen y quien no, passe por ellos y hallarálas despiertas.

## SIRALVO

¡Oh tú, descanso del cansado curso  
desta agra vida, á mi pesar, tan larga,  
oye un momento en suma su discurso!

Y si mi boca más que hiel amarga  
no te acertare á pronunciar dulzuras,  
esso la culpa y esso la descarga.

Presentes sean mis entrañas puras,  
mi limpio corazón, mi sano pecho,  
atlantes firmes de mis desventuras.

Y tú, que con tus manos tienes hecho  
el grave monte que su fuerza oprime,  
no hagas cierto lo que yo sospecho.

Ya que tan grave mal no te lastime,  
pues eres dél la causa, no la niegues,  
porque, siquiera, á padecer me anime.

Amor te obliga que á razón te llegues,  
y aun ella quiere que su fuerza entiendas:  
no lo será, que con su lumbre ciegues.

¡Oh, es necesario que el rigor suspendas  
de los duros peñascos, do no hallan  
las aves nidos ni las bestias sendas!

Los perversos contrarios que batallan  
por acabarme en desigual pelea  
mientras te hablo, mira cómo callan.

Vieron mis ojos celestial idea  
de gracia y discreción, tu soberana  
beldad que sola sin igual pasea,

Desde la parte donde la lozana  
aurora tierna de su luz hermosa,  
abre á las gentes la primer ventana,

Hasta el ocaso á do la trabajosa  
muestra, dada del sol, en premio justo,  
en los brazos de Dórida reposa;

Y desde aquella do el ardor injusto  
la habitación de su morada evita,  
enflaqueciendo al Etiope adusto,  
Hasta las fuentes donde el duro Scita  
mata la sed y el inclemente Arturo  
cuajando el mar, el curso al agua quita.

Y por essa beldad misma te juro  
que, con ser en el mundo la primera,  
es la menor que tiene en ti seguro.

La deleitosa y fértil primavera  
de juventud, el sin igual tesoro  
de esse rostro, do Amor teme y espera;

La mansedumbre y gravedad que adoro:  
los cabellos que el ébano bruñido  
han imitado, despreciando el oro;

El cristal de la frente, el encendido  
rosicler puro ó púrpura de Oriente,  
sobre los blancos lirios esparcido;

Las finas perlas, el coral ardiente,  
con las dos celestiales esmeraldas,  
beldad que loor humano no consiente.

Aunque de preciosísimas guirnaldas  
ciñen al sol y á Amor las francas sienas,  
son las menores rosas de tus faldas.

Essotras plantas, que en el alma tienes,  
que tocando en el cielo con sus ramas,  
nos dan por fruto incomparables bienes;

Essos ricos tesoros que derramas  
del pecho ilustre en abundancia tanta,  
que á los deseos más remotos llamas;

Esse juicio, que á la tierra espanta;  
esse donaire, que enamora el cielo;  
esse valor, que á todos adelanta;

Essas y otras grandezas con que el sue-  
tienes tan rico y tan enriquecida  
el alma que te adora de consuelo,

Dejando aparte ahora el ser nacida  
sobre las ilustrísimas llamada  
y entre las más honestas escogida;

Y con ser de fortuna acompañada,  
porque Himeneo al gusto te ofendía,  
quisiste ser á Delia dedicada.

Aquestos bienes, que tu alma cría,  
impressos en mi alma, y aun aquellos  
de carne y sangre, en carne y sangre mía.

Llevo el yugo de Amor sobre dos cuellos,  
que si no fuera más que de diamante,  
fuera rompido á cada passo dellos.

Quando el cuello del cuerpo va delante  
queda atrás el del alma, y cuando él passa,  
cae el del cuerpo, y no hay quien le levante.

El uno quiere retirarse á casa,  
llamado de la sombra y del reposo;

el otro al yermo, donde el sol abrasa;  
El cuerpo está sediento, trabajoso;  
el alma harta de sossiego llena,

¿quién compondrá combate tan furioso?  
De suerte que, derecha la melena,  
cuerpo y alma caminen, con templanza,  
por la carrera para entrambos buena.

Y si hallaren muerta la esperanza,  
y á la fe siempre viva que la llora,  
juntos alaben á la confianza.

¿Mas, quién pondrá tan alta paz, señora,  
entre dos enemigos tan contrarios,  
que con lo que uno sana otro empeora?

Estos combates son tan ordinarios,  
que los dones del alma escarnecidos  
me son también mortales adversarios.

Los deleites del cuerpo no cumplidos,  
los del alma turbados con engaños  
y los inconvenientes tan unidos.

Bien sé que el solo medio destes daños  
fuera apartarse deste cuerpo esta alma,  
poniendo fin á mis cansados años.

Aquella fuera generosa y alma  
vida del cuerpo cuando en tierra vuelto,  
libre dejara al espíritu la palma.

Que como es el autor del mal revuelto,  
y el alma está bañada en sus zozobras,  
la vida es furia de enemigo suelta.

¡Oh tú, que á todas las potencias sobras  
de bien y mal, tu poderosa mano  
estampe en mí la fuerza de tus obras!

Que deste trance y cautiverio insano,  
desta tristeza, deste mal terrible,  
podrás dejarme libre, alegre y sano.

A tí sola ha dejado Amor posible  
que aquesta piedra de mi gran cuidado  
hagas, sobre esta roca, inconvivable.

Y estas navajas, con que el tierno lado  
abre la rueda de mis fantasías,  
sean rotas, y mi cuerpo desatado.

Y esta águila infernal, que tantos días,  
me halla en este monte de sospechas,  
no sepa más á las entrañas mías.

Y estas navajas, con que el tierno lado  
á burlar por momentos al deseo,  
dejen mi sed y hambre satisfechas.

Mil continos estorbos ya los veo,  
y otros más de creer dificultosos,  
por mi corta ventura más los creo.

Ojos abiertos, pechos enconosos,  
tu gran beldad, mis ricas intenciones,  
cercadas de legiones de envidiosos.

Bien imagino yo que si te pones

a querer tropellar dificultades,  
irás segura en carros de leones.

Bien tienes entendidas mis verdades,  
y que en mí son llanezas conocidas  
las que en mil otros son curiosidades.

Bien sabes que quisiera tantas vidas  
cuantos momentos vivo por contallas,  
por muy ganadas, en tu Amor perdidas.

Y bien sé yo que en mi rudeza hallas  
ingenio soberano para amarte,

y sabes que te escucho aun cuando callas.  
Entiendes que me huyo por buscarte,  
y alguna vez tan sin piedad me dexas,  
que pierdo la esperanza de hallarte.

Conoces claramente que mis quejas  
llevan puro dolor sin artificio,  
y con descuido mi cuidado aquejas.

Mis ojos ven que el principal oficio  
que, sustentando el cuerpo, al alma honra,  
es, no faltar los dos de tu servicio.

Y ven los tuyos, vueltos á mi honra,  
que el rato que sin ellos me imagino,  
tengo el alma y la vida por deshonra.

Alguna vez creciendo el desatino,  
á fuerza del pestífero veneno  
matarme ó despeñarme determino.

Acoge ¡oh mar! en tu sagrado seno  
esta barquilla, que á tu golfo embiste,  
porque se alabe de algún día sereno.

Essos divinos Nortes, que escogiste,  
de la primera inaccessible lumbre,  
para alegrar al navegante triste,

Muéstrense en essa soberana cumbre  
hincha la vela el viento favorable  
contra la calma desta pesadumbre.

Deje el cuidado el remo inconvivable,  
y estotras jarcias de trabajos llenas,  
tórñense en ejercicio saludable.

Cántenme tus dulcíssimas sirenas,  
que vencida del sueño mi barquilla,  
y á voluntad la sangre de mis venas,

Si tu Neptuno á mi favor se humilla  
aumentarás tus obras y mi suerte,  
librando en tan heroica maravilla  
á quien te ofrece el alma de la muerte.

Aunque SIRALVO en sus versos iba mez-  
clando tristeza, su corazón contento es-  
taba; pero como pocas veces hallaremos un  
alegre sin un triste, Pradelio, que menos  
dormía, le fué buscando entre todos y le  
dió cuenta de la poca que ya Filena tenía  
con él, antes le era tan contraria, que á

sus mismos ojos no se hartaba de favo-  
recer á Mireno, y hablándole él, no le ha-  
bía respondido. Esto decía con tanto dolor  
y enojo, que casi quería reventar, y mientras  
SIRALVO procuraba consolarse, ya los pas-  
tores y Ninfas, viendo passada la hora ar-  
diente de la siesta, iban buscando la clara  
fuente y el manso arroyo. A una parte del  
agua llegaron las tres más hermosas del  
gremio de Diana: era la una FILIDA, diosa  
en los montes; la otra Filis, deesa en las  
selvas; la otra Clori, Ninfa en el río; con  
ellas estaban Silvia y Filardo y Filena y  
Mireno, entreteniéndose en dulces pláticas  
y suaves canciones; también llegaron Si-  
ralvo y Pradelio, uno de placer y otro de  
pesar incitados, y no faltaron los dos cau-  
dalosos y apuestos rabadanos Cardenio y  
Mendino. Gran cosa se había juntado si  
Pradelio no llegara: porque de once, solo  
él dejaba de estar contento; y mirando la  
sin par FILIDA la agradable compañía, es-  
cogió al triste para que cantase; mas vien-  
do SIRALVO que no estaba para cantares,  
le disculpó con FILIDA, y rogó á Filardo  
que lo hiciesse; el cual, los ojos en la gra-  
ciosa Silvia, tocó la lira, y comenzó á can-  
tar así al son della:

## FILARDO

Tus ojos, tus cabellos, tu belleza,  
soles son, lazos de oro, gloria mía,  
que ofuscan, atan, visten de alegría,  
el alma, el cuello, la mayor tristeza.

Fuego, no siente el alma tu aspereza;  
yugo, no teme el cuello tu porfía;  
que bastante reparo y osadía  
concede Amor en tanta gentileza.

Rabia, que por mis venas te derramas,  
oro, que á servidumbre me condenas;  
beldad, por quien la vida se asegura,

Pues soy un nuevo Fénix en las llamas,  
y hallo libertad en las cadenas,  
amo y bendigo tanta hermosura.

En extremo contentó á todos el soneto de  
Filardo, pero más á Silvia y menos á Mi-  
reno, que invidioso de verla tan loada, sin  
que nadie le rogasse, sacó el rabel, y vuelto  
á Filena, presumió de igualarla deste modo:

## MIRENO

Sale la Aurora, de su luz vertiendo

las mismas perlas que el Oriente cría;  
vase llenando el cielo de alegría,  
vase la tierra de beldad vistiendo.

Las claras fuentes y los ríos corriendo,  
las plantas esmaltándose á porfía,  
las avecillas saludando el día,  
con armonía la nueva luz hiriendo.

Y esta Aurora gentil, y este adornado  
mundo de los tesoros ricos, caros,  
que el cielo ofrece, con que al hombre ad-

Es miseria y tristeza, comparado [mira,  
á la belleza de tus ojos claros,  
cuando los alzas á mirar sin ira.

Ya le pareció á Pradelio que perdía de  
su punto si á vuelta de aquellos sentimien-  
tos dulces no sonaba el amargo suyo, y  
pidiendo á SIRALVO que tocasse la zampo-  
ña, los ojos y el color mudado, la acom-  
pañó diciendo:

PRADELIO

Mientras la lumbre de tus claros ojos  
estuvo en el Oriente de mi gloria,  
entendimiento, voluntad, memoria  
ofrecieron al alma mil despojos.

Mas después que, siguiendo tus antojos,  
á gente extraña fue su luz notoria,  
es mi rico tesoro pobre escoria,  
mis blandos gustos ásperos enojos.

Vuelva ya el rayo á su lugar usado;  
pero no vuelva, que una vez partido,  
no puede ser que no haya sido ajeno.

Mas ¡ay! sol de mi alma deseado,  
vuelve á mis ojos, que una vez venido,  
mi turbio día tornarás sereno.

A este *soneto* hizo Filena tan mal sem-  
blante, que Pradelio se arrepintió de haber  
cantado y aun de ser nacido; pero las Nin-  
fas, que con gran gusto oían sus contien-  
das, pidieron que cantassen las pastoras.  
Ellas respondieron que aun faltaban pasto-  
res por cantar, y en haciéndolo ellos, ellas  
lo harían. Agradó á Clori la respuesta y  
tomando á Filena la lira, la dió á MEN-  
DINO, el cual, los ojos en Filis, dixo, sin  
más excusa:

MENDINO

Ponen, Filis, en cuestión

mi corazón y mis ojos,  
cuál goza de más despojos,  
los ojos ó el corazón.

Los ojos dicen que os vieron,  
y de vuestro grado os ven,  
y que del presente bien  
la primera causa fueron,  
prueba en la misma razón  
el corazón á los ojos;  
¿qué gozarán más despojos  
*los ojos ó el corazón?*

Poco importa más testigo,  
dicen los ojos que á tí;  
dice el corazón, ni á mí,  
de lo que tengo conmigo;  
no les niega su razón,  
el corazón á los ojos,  
no le nieguen sus despojos  
*los ojos al corazón.*

Su contienda es por demás,  
pues todos llevan vitoria,  
estando llenos de gloria,  
sin que á nadie quepa más;  
mas viva la presunción  
del corazón y los ojos,  
por ser de quien sus despojos  
*los ojos y el corazón.*

Son estos competidores  
flacos, aunque liberales,  
que en efeto son mortales  
y hanlo de ser sus favores;  
si pone el alma el bastón  
entre corazón y ojos,  
verán eternos despojos  
*los ojos y el corazón.*

Contenta quedó Filis de la *canción* de  
Mendino, de manera que no lo pudo dissi-  
mular, y por pagar á Clori en su moneda,  
tomó la lira y dióselo á Cardenio, el cual,  
aunque menos músico que enamorado, así  
enmendó lo uno con lo otro:

CARDENIO

Por mirar vuestros cabellos  
quitóse la venda Amor,  
y estuviérale mejor  
dar otro ñudo y no vellos.

Quitósele no entendiendo  
lo que le podía venir,  
valiérale más vivir  
deseando que muriendo,

pues fué de los lazos bellos  
atado con tal rigor,  
que se le tornó dolor  
toda la gloria de vellos.

Entenderá desta suerte  
que fué grande devaneo  
dar armas á su deseo  
con que le diesse la muerte.  
Voluntad de conocellos  
fuera su pena mayor,  
mirad si será peor  
perder la vida por ellos.

Hizo sus ojos testigos  
de tan alto merecer,  
y dió su mismo poder  
vitoria á sus enemigos;  
que si con estos cabellos  
quitó mil vidas Amor,  
vengáranse en su dolor  
los que padecén por vellos.

Quiso ver con qué prendía  
y sus redes le prendieron,  
y á herirle se volvieron  
las flechas con que hería.  
Quedar cautivo de aquellos  
cabellos fué gran honor,  
pero fuérale mejor  
olvidallos y no vellos.

Cuando Cardenio acabó su *canción*, ya  
SIRALVO tenía la zampoña en la mano, y  
mientras las Ninfas alabaron el pasado  
*canto*, leyó él en los ojos de FILIDA el  
presente:

SIRALVO

FILIDA, tus ojos bellos  
el que se atreve á mirallos,  
muy más fácil que alaballos  
le será morir por ellos.  
Ante ellos calla el primor,  
ríndese la fortaleza,  
porque mata su belleza  
y ciega su resplandor.

Son ojos verdes, rasgados,  
en el revolver suaves,  
apacibles sobre graves,  
mañosos y descuidados.  
Con ira ó con mansedumbre,  
de suerte alegran el suelo,  
que fijados en el cielo  
no diera el sol tanta lumbre.

Amor, que suele ocupar  
todo cuanto el mundo encierra,  
señoreando la tierra,  
tiranizando la mar,  
para llevar más despojos,  
sin tener contradición,  
hizo su casa y prisión  
en esos hermosos ojos.

Allí canta y dice: Yo  
ciego fui, que no lo niego,  
pero venturoso ciego,  
que tales ojos halló,  
que aunque es vuestra la vitoria  
en dároslo fui tan diestro,  
que siendo cautivo vuestro  
sois mis ojos y mi gloria.

El tiempo que me juzgaban  
por ciego, quiselo ser,  
porque no era razón ver  
si estos ojos me faltaban;  
será ahora con hallaros,  
esta ley establecida:  
que lo pague con la vida  
quien se atreviere á miraros.

Y con esto, placentero  
dice á su madre mil chistes:  
el arquillo que me distes  
tomáosle, que no le quiero;  
pues triunfo siendo rendido  
de aquestas dos cejas bellas,  
haré yo dos arcos dellas  
que al vuestro dejen corrido.

Estas saetas que veis,  
la de plomo y la dorada,  
como herencia renunciada,  
buscad á quien se las deis,  
porque yo de aquí adelante  
podré con estas pestañas,  
atravesar las entrañas  
á mil pechos de diamante.

Hielo que dexa temblando,  
fuego que la nieve enciende,  
gracia que cautiva y prende,  
ira que mata rabiando;  
con otros mil señoríos  
y poderes que alcanzáis  
vosotros me los prestáis,  
dulcíssimos ojos míos.

Cuando de aquestos blasones  
el niño Amor presumía,  
cielo y tierra parecía  
que aprobaban sus razones,  
y él dos mil juegos haciendo

entre las luces serenas,  
de su pecho, á manos llenas,  
amores iba lloviendo.

Yo que supe aventurarme  
á vellos y á conocer  
no todo su merecer  
mas lo que basta á matarme,  
tengo por muy llano ahora  
lo que en la tierra se suena,  
que no hay Amor ni hay cadena,  
mas hay tus ojos, señora.

No cesara con esto el cantar de los pastores, porque Silva y Filena también cantarían, si las Ninfas no oyeran señal en el templo que las forzaba á ir allá y así, con gran amor despedidas de los pastores, por no serles permitido ir esta vez con ellas, por el mismo orden que primero, volvieron á visitar á la casta Diana, y los pastores y pastoras, que eran muchos y en diferentes ejercicios repartidos, dejando la floresta, unos con placer y otros con pesar tomaron el camino de sus ganados. *Cardenio*, *Mendino* y su mayoral *Siralvo*, tales iban como aquellos que se apartaban de su propia vida y contento. *Filardo*, *Alfeo* y *Mireno*, éstos sí que llevaban consigo todo su bien y descanso, pero el más contento de todos era *Sasio*, que supo allí que *Silvera* era venida al Tajo; y el más triste de los tristes *Pradelio*, que á rienda suelta *Filena* no sólo le negaba sus favores, pero, olvidada de la estimación que le debía, le iba escarneciendo. Tal llegó *Pradelio* á la ribera, que sus enemigos se pudieran lastimar, y viendo que la causa estaba tan lejos de hacerlo, determinó partirse y dejarse el ganado perdido, como él lo iba, y aquella misma noche, sin dar parte á amigos ni parientes, solo, sin guía, dexó los campos del Tajo con intención de pasar á las islas de Occidente, donde tarde ó nunca se pudiese saber de sus sucesos, y para testigo de su apartamiento, llegando á la cabaña de *Filena*, en la corteza de un álamo que junto á ella estaba, dexó escrita esta piadosa despedida:

PRADELIO

Ya que de tu presencia,  
cruel y hermosísima pastora,  
parto por tu sentencia,

la desdichada hora  
que con tanta razón el alma llora;

Queriendo ya partirme  
de cuanto me solía dar contento,  
habré de despedirme,  
dando, en tanto tormento,  
mis esperanzas y mi lengua al viento.

Adiós, ribera verde,  
do muestra el cielo eterna primavera;  
que el que se va y te pierde,  
su partida tuviera  
por muy mejor si de la vida fuera.

Adiós, serenas fuentes,  
donde me vi tan rico de despojos,  
que si quedáis ausentes,  
presentes mis enojos  
me dan otras dos fuentes de mis ojos.

Adiós, hermosas plantas,  
adonde dejo el rostro soberano,  
con excelencias tantas,  
que todo el siglo humano  
celebrará las obras de mi mano.

Adiós, aguas del Tajo  
y Ninfas dél, que en el albergue usado  
sentiréis mi trabajo,  
pues el cantar pasado  
en tristeza y en llanto se ha trocado.

Adiós, laurel y hiedra,  
que fregando uno en otro os encendía.  
Adiós, acero y piedra,  
de do también salía  
el fuego que ya va en el alma mía.

Adiós, ganado mío,  
que ya fui por tu nombre conocido,  
mas ya por desvarío  
del hado endurecido  
tu nombre pierdo, pues que voy perdido  
Adiós, bastón de acebo,  
que conducir solías mis ganados,  
pues los que agora llevo  
de penas y cuidados,  
de Fortuna y Amor serán guardados.

Adiós, mastines fieros,  
bastantes á vencer con vuestras mañas  
los lobos carniceros,  
antes que yo las sañas  
de aquella que se ceba en mis entrañas

Adiós, espejo escaso,  
donde sólo se ve lo pobre y viejo,  
pues fuera duro caso  
mirarse el sobrecejo,  
faltando al alma su más claro espejo.  
Adiós, cabaña triste,

que en el tiempo pasado más copiosa  
de gozo y gloria fuiste;  
ya, sola y enfadosa,  
sierpes te habitarán, que no otra cosa.

Adiós, horas passadas;  
testigo es aquel tiempo de vitoria,  
que si debilitadas  
perdistes ya mi gloria,  
no os perderá por eso mi memoria.

Adiós, aves del cielo,  
que no puedo imitar vuestra costumbre.  
Adiós, el Dios de Delo,  
que tu sagrada lumbre  
fuera de aquí no quiero que me alumbre.

Adiós, adiós, pastores,  
adiós, nobleza de la pastoría,  
que sin otros dolores  
turbará mi alegría  
dejar vuestra agradable compañía.

Adiós, luz de mi vida,  
*Filena* ingrata; en tan mortal quebranto  
cesse mi despedida,  
porque el dolor es tanto  
que se impide la lengua con el llanto.

## SEXTA PARTE

DEL PASTOR DE FILIDA

Possible cosa será que mientras yo canto las amorosas églogas que sobre las aguas del Tajo resonaron, algún curioso me pregunte: Entre estos amores y desdenes, lágrimas y canciones, ¿cómo por montes y prados tan poco balan cabras, ladran perros, aullan lobos? ¿dónde pacen las ovejas? ¿á qué hora se ordeñan? ¿quién les unta la roña? ¿cómo se regalan las paridas? Y finalmente todas las importancias del ganado. A eso digo que como todos se incluyen en el nombre pastoral, los *rabadanes* tenían mayores, los mayores pastores y los pastores zagales, que bastantemente los descuidaban. El segundo objeto podrá ser el lenguaje de mis versos. También darán mis pastores mi disculpa con que todos ellos saben que el ánimo del amador mejor se mueve con los conceptos del amador que con el viento las hojas de los árboles. La tercera duda podrá ser si es lícito donde también parecen los amo-

res escritos en los troncos de las plantas, que también haya cartas y papeles: cosa tan desusada entre los silvestres pastores. Aquí respondo que el viejo *Sileno* merece el premio ó la pena, que como vido el trabajo con que se escribía en las cortezas, invidioso de las ciudades hizo molino en el Tajo donde convirtió el lienzo en delgado papel y de las pieles del ganado hizo el raso pergamino, y con las agallas del roble y goma del ciruelo y la carcoma del pino hizo la tinta, y cortó las plumas de las aves: cosa á que los más pastores fácilmente se inclinaron. Desta arte podría ser que respondiese á cuanto se me culparse; mas ya que yo no lo hago, no faltará en la necesidad algún discreto y benigno que vuelva por el ausente. Confiado en lo cual prosigo que la ausencia de *Pradelio* se sintió generalmente en el Tajo, porque era bueno el pastor para las veras y las burlas; bastante para amigo y enemigo, hombre de verdad y virtud y de nunca vista confianza; pero sobre todos lo sintió *Siralvo*, que en muchas cosas le tenía probado. Lloraron sus nobles padres *Vilorio* y *Pradelia*; cubrieron sus cabellos de oro las dos hermosas hermanas *Armia* y *Viana*, y la misma *Filena*, causa de la partida, bañó sus ojos en llanto en presencia del nuevo amor *Mireno*. Tal fuerza tiene la razón, que el que la niega con la boca con el alma la confiesa. Guíe el cielo á *Pradelio*, que donde quiera que vaya amigos hallará y patria quizás más favorable que la suya; y vueltos á los que quedan, sabed que los dos caudalosos *rabadanes* *Mendino* y *Cardenio* y el pastor *Siralvo* quedaron desta siesta de *Diana* tan desaficionados de los campos, tan enemigos de sus chozas y tan sin gusto de sus rebaños, que á pocos días ordenaron desampararlo todo y buscar sólo su contento; y entrando en acuerdo sobre el orden que tendrían, á *Cardenio* le pareció que en el bosque del Pino hacia la falda del monte se edificasse un albergue ancho y cubierto de rama, donde, apartados del concurso de la ribera, pudiesen expender las horas á su gusto. No le pareció á *Mendino* que el lugar era seguro para esto, antes sería fácilmente barruntado su propósito, por ser aquella parte visitada muchas veces de las